

## PRESENTACIÓN DE JUAN INTROINI

*Adolfo Elizaincín*

Procuraré evitar, en esta breve presentación de nuestro nuevo académico, a quien damos la más cordial bienvenida a la corporación, todo *locus communis* que, en general, suele aparecer en la discursividad propia de las ceremonias iniciáticas de esta naturaleza; lo haré por la sencilla razón de que, en muchas oportunidades, hemos comentado este tipo de situaciones con Introini, y no quisiera ahora aparecer como incongruente.

Aprovecharé sí la oportunidad, sin embargo, para hablar, como digo sucintamente, del filólogo y de la persona Juan Introini, a quien me unen múltiples lazos de amistad y trabajo, e intereses compartidos, en por lo menos las últimos cuatro décadas.

En una memorable tira cómica de Quino, su personaje emblemático, Mafalda, recuerda a su atareada mamá que ambas se graduaron juntas, una de madre y la otra de hija. Algo similar sucede en este caso: corría el año 1970 y yo mismo me enfrentaba por primera vez a la docencia en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República donde, como consecuencia del cambio de un plan de estudios, debía ofrecerse un curso anual de “Introducción a la Lingüística”; fui, entonces, el encargado de inaugurarlo. A ese curso asistieron, entre otros, un par de estudiantes, amigos entre sí, Juan Introini, precisamente, y el malgrado latinista Jorge Cuinat. Como digo, yo me estrenaba como docente, Introini, de alguna manera (porque su ingreso a la Facultad fue uno o dos años antes de esta fecha) como estudiante de la disciplina lingüística. Desde entonces hemos compartido muchas cosas.

Poco tiempo después se graduó en la Facultad como Licenciado en Letras con mención (diríamos hoy) en Filología Clásica, submención Lengua y Literatura Latinas, nombre común a todas las “filologías” en la vieja Facultad. Inició y culminó también estudios en el Instituto de Profesores Artigas, de donde egresó como “Profesor de Enseñanza Media en Literatura” en el año 1977. Ejerció la docencia en la enseñanza media hasta el año 1991 dedicándose luego fundamentalmente a su tarea universitaria y a su vocación literaria.

Sospecho que ambas líneas, la del trabajo universitario y la de la creación literaria fueron el centro de sus afanes a partir de esa última década del siglo pasado. Culminando un ciclo, en 2012 obtiene su jubilación en el cargo universitario.

Deseo a partir de ahora distinguir estas dos líneas, la del trabajo creador docente y de investigación prohijado (estimulado; a veces entorpecido) por la universidad, y la de la creación literaria libre, por definición no atada a institución alguna ni a esquema previo de ninguna índole.

Introini ha cumplido una ordenada carrera, donde, desde su ingreso como Ayudante de la Cátedra de Lengua y Literatura Latinas en 1969 pasó luego a desempeñar los restantes cargos del escalafón docente universitario: así, sucesivamente, ocupó el grado 2, Asistente, el 3, Profesor Adjunto, hasta culminar en 1997 con el grado 4, Profesor Agregado en el cual obtiene su jubilación. Todos estos cargos a que he aludido fueron ganados en concursos de oposición y méritos. En 2007 se le concede el régimen de Dedicación Total, con el que la universidad promueve los proyectos y planes de investigación de sus profesores. En los últimos años, además, dirigió el Departamento de Filología Clásica de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y fue Coordinador del Área de Letras de esa misma institución.

Esta trayectoria universitaria no sería comprensible sin la presencia de quien fuera su verdadero tutor en estas lides, el profesor Vicente Cicalese, catedrático de Lengua y Literatura Latinas prácticamente desde su fundación hasta su muerte. El grupo de latinistas nucleado y formado a su alrededor, incluye entre otros, aparte del propio Introini, a Sara Álvarez de Lasowski, y a Cristina Gil, también muy activas en este ámbito intelectual. Pero de alguna manera el sucesor del respetado maestro en la cátedra latina fue Juan Introini.

De las aulas de latinidad de Cicalese tomó nuestro nuevo académico el amor y la familiaridad con el mundo clásico (no solo) de Roma, ámbito de estudio y reflexión donde la enseñanza de la lengua latina era uno entre tantos otros conocimientos (y hasta diría no el más decisivo) que se transmitía al alumno interesado en aquellas cuestiones. Esta cátedra debía lidiar con una especie de contrapeso con el que llegaban (llegábamos) a la facultad los estudiantes: el total desconocimiento del latín, eliminado de las aulas preuniversitarias hacía ya bastante tiempo. De manera que la primera tarea para ingresar al mundo de Roma (y, en el

mismo sentido, al mundo de Grecia clásica para la Cátedra de Lengua y Literatura Griegas) era adquirir la lengua latina. Como eso no puede hacerse de un día para otro, el profesor Cicalese ideó (con la asistencia imprescindible de Sara Álvarez, pero también del más joven y recién llegado Juan Introini, al que hay que agregar el nombre de Jorge Cuinat antes referido) el método teórico práctico de enseñanza de la lengua que denominó *Nuestro viejo Latín* y que ha sido la fuente para dar los primeros pasos en esa lengua de generaciones y generaciones.

Este grupo del profesor Cicalese tenía claro que una literatura y una cultura no pueden entenderse cabalmente si no media un conocimiento de la lengua en que esa cultura se expresa y comunica. El trasfondo idealista de la filología alemana (Vossler, Spitzer), está detrás de ello, por cierto.

Introini es un heredero directo de esta concepción y ha hecho de ella un norte en su producción y docencia.

Otro gran cauce que se abre con el magisterio de Cicalese tiene que ver con el legado de la cultura latina en el Río de la Plata y, en especial, en Uruguay. En este sentido Introini ha continuado esa labor dando forma más definida a una tendencia que se insinuaba en Cicalese.

Esta línea culmina en el reciente libro *Viejas liras y nuevos vates. Literatura uruguaya y tradición clásica*, Montevideo, Universidad de la República 2012, en el que Introini comparte autoría con integrantes de su equipo de trabajo, Victoria Herrera y L. Augusto Moreira, según el modelo usual de colaboración imperante en la investigación universitaria. El título del libro ya lo dice todo, claro que los adjetivos “viejas” y “nuevos” hay que entenderlos en su contexto, en la mirada propia del filólogo clásico cuyo horizonte no está ahí nomás, muy cerca, sino a más de dos mil años hacia atrás, por lo que las viejas liras son las de Virgilio, Horacio, etc. y la referencia los nuevos vates, lo son a figuras de nuestras letras del siglo XIX.

En este entorno, las cosas se ubican en el lugar que les corresponde, y, por ejemplo, la extraña sensación que la lectura de las *Observaciones sobre agricultura* del presbítero Pérez Castellano produce en un hipotético lector inadvertido, por el hecho de que un tratado práctico de agricultura se exprese en verso, es explicado didácticamente así por Introini: “Puede resultar sorprendente para un lector actual que un tratado de agricultura (...) tome como referencia a un poeta” [Virgilio]; también

que aparezcan citados allí Horacio, Cicerón”, etc... (...) Asimismo puede resultar sorprendente que Pérez Castellano escriba en un estilo que muchas veces recuerda al de un clásico de nuestra lengua, cuando ahora existe una separación tan tajante entre el lenguaje de los tratados técnicos y científicos de cualquier disciplina y el lenguaje ejercido con una intencionalidad estética. Esta separación era mucho más difusa en el mundo antiguo donde el lenguaje de la poesía servía de vehículo a obras como *Los trabajos y los días* de Hesíodo, las *Geórgicas* de Virgilio y aun el gran poema cosmogónico de Lucrecio *Sobre la naturaleza de las cosas*. Pérez Castellano, formado en el conocimiento de los clásicos refleja y transmite ese tejido de referencias que fue de uso por lo menos hasta el siglo XVIII y que en estas latitudes encontramos todavía en el XIX”.

La otra línea de trabajo está integrada por un cúmulo de escritos sobre aspectos puntuales de autores o temas de la literatura clásica en los que siempre con sagacidad, intuición y buen sentido común nos desvela aspectos inéditos e insólitos de los temas que estudia, todos ellos en la mejor tradición filológica del latín, donde el texto es quien decide: no se da un paso en la interpretación si el texto original no autoriza esa vía. Ante esta rigurosa muestra de trabajo intelectual uno se siente aliviado y reconfortado con las humanidades ya que no todo, parece, son interpretaciones libradas al humor del investigador o sometidas al dictado de las teorías de moda en el momento.

Esta misma rigurosidad se manifiesta en otra vertiente del trabajo de Introini: la traducción, con estudios previos y notas aclaratorias de diferentes textos, y no solo del latín clásico, pues con frecuencia se ha ocupado del latín medieval, también esta línea signada por el complejo trabajo de la edición crítica de los textos clásicos. Véase por ejemplo, *Séneca. Apocolocyntosis del divino Claudio*, o *Aristeo y Orfeo en Virgilio (Geórgicas IV, vv.315-558)* ambos de 1996, o también, los capítulos de su autoría en los volúmenes *Romania en construcción, I y II*, de 2005 y 2009 respectivamente (editados por Cristina Pippolo y otros), donde en el primero de ellos aparece su trabajo sobre Paulo Diácono, “Historia de los Longobardos” y en el segundo sobre “Vida de San Simeón por su discípulo Antonio”.

Finalmente (pero no en último lugar), su producción literaria.

Introini ha llegado a edad madura a la publicación de textos de creación en el campo de la narrativa. Cuatro volúmenes, *El intruso* (1989), *La llave de plata* (1995), *La tumba* (2002) y *Enmascarado* (2007) conforman su producción editada. Excepto *La tumba*, su texto más original a mi entender, el resto son cuentos o narraciones breves.

Se trata de una producción que llega naturalmente a la vida del autor, como un acontecimiento necesario, natural, que tuvo que suceder, y así sucedió, a una edad de la mayor concentración intelectual, del mejor almacenamiento de recursos, de experiencias, de lecturas. Como se ve, no es Introini, precisamente el tipo de escritor caracterizado como niño prodigio. Es una obra madurada, añejada, almacenada por mucho tiempo, que finalmente ve la luz.

Introini ha manifestado en recientes entrevistas periodísticas sus recelos frente a la publicación, hecho por cierto bien entendible para todo aquel que trabaje (no solo) profesionalmente con las palabras y ha hecho una comparación muy clara, pero por cierto injusta consigo mismo. Cuenta que, en muchas oportunidades enfrentado a la publicación, se comparaba con Jorge Luis Borges y se veía como el cerro de Montevideo frente al Himalaya. Bueno...

En el prólogo a *La tumba* el poeta Alfredo Fressia dice lo siguiente, con palabras tan exactas como las del propio Introini: "Solo quien conozca al hombre Juan Introini sabrá lo que es la discreción, entrañada en el profesor egresado del IPA y el Licenciado en Letras de la vieja Facultad de Humanidades. Es lo que explica que su obra sea relativamente tardía, pero también construida con método y en la antípoda de la ansiedad publicitaria"

Quien ingresa en su obra es tomado por la mano fuerte del escritor, que en oportunidades es el narrador, y conducido a un universo inédito, deslumbrante, misterioso, amenazante, con ecos de novela gótica, literatura fantástica, y novela policial, un mundo también cotidiano en el que (como en las películas de Hitchcock) oscuras fuerzas acechan detrás de las cuestiones más familiares, sean personas u objetos.

En ese mundo, y a él integrado, aparece otra preocupación de Introini, su necesidad de enlazar el momento en el que vive, *hic et nunc*, con el pasado uruguayo del siglo XIX (necesidad compartida en la vertiente investigativa de su obra, al enlazar, a través del concepto de "tradicón" la antigüedad clásica con nuestra civilización actual). Así, en el conjunto de su literatura, sobresalen dos figuras (quizás en la misma línea en que Pérez Castellano aparece en su estudios filológicos): Francisco Acuña de Figueroa, el peculiarísimo poeta, autor (entre otros textos) de nuestro Himno Nacional, y el más pulido estilista y mejor artífice de la lengua en nuestro país (por si acaso diré "uno de los más pulidos...") el desgraciado y enigmático José Enrique Rodó, ambos recreados en *La tumba* y en *Enmascarado*, respectivamente.

Para unificar discursivamente el pasado y el presente, para ese incesante ir y venir de un tiempo a otro, para recrear *aquel* tiempo e integrarlo en *este*, para construir esa gran metáfora de nuestro país y sus gentes a lo largo de los doscientos años, digamos, que tenemos de existencia, para poder expresar en el lenguaje propio de la ficción su inédita capacidad de asombro cotidiano ante las circunstancias vitales de hechos y personas, Introini hace uso magistral de todas las técnicas de la narración que ha incorporado en la lectura de los grandes autores que admira. Su entramado estructural y su funcionamiento al servicio de lo narrado es impecable.

Como sugiere Quiroga en uno de los consejos del “Decálogo del perfecto cuentista”, hay que creer en un autor como en Dios mismo y seguirlo, copiarlo, imitarlo, entenderlo, finalmente. No me cabe duda de que para nuestro nuevo académico, es Jorge Luis Borges quien cumple esta función. Vean si no esta cita de *La tumba*, donde se describe una violenta escena que casi finaliza en un crimen:

“Se quedó inmóvil mientras observaba de soslayo la varonil silueta de Rosaura inclinada sobre él, empuñando la daga decidida”

Muy estimado Juan Introini: tenemos mucho placer en recibirlo hoy como numerario en esta academia, una de las veintidós de la lengua española en el mundo, y nos disponemos todos a escuchar su discurso de ingreso sobre “Tradición clásica”. Tiene la palabra .